RUBEN LOZA AGUERREBERE

Muerte en el Café Gijón

MUERTE EN EL CAFÉ GIJÓN

los **INTE**
MPEST
IVOS

RUBEN LOZA AGUERREBERE

Muerte en el Café Gijón

Postfacio de Germán Yanke

Primera edición: septiembre de 2012

© Ruben Loza Aguerrebere, 2012
© del postfacio: Germán Yanke, 2012
© de esta edición: Editorial Funambulista, 2012
c/ Flamenco, 26. 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

BIC: FA
ISBN: 978-84-939855-2-3
Depósito legal: M-28052-2012

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Café Gijón,* © Ana Talavera Cuesta, 2012

Producción gráfica: MFC Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Muerte en el Café Gijón

A Piquena, como siempre

«El Lector puede, si quiere,
creer que nada ocurrió...»
Guillermo Cabrera Infante

I

TEORÍA DEL MÓVIL

I

Alrededor de las cinco y media de una tarde de julio, Juan María Merino caminaba por Paseo de Recoletos deteniéndose en las islas de sombra. Tanto calor era demasiado para Madrid. La temperatura no se había movido de los treinta y seis grados.

Aunque generalmente caminaba a paso ligero y rítmico, Juan María avanzaba muy despacio, agobiado por el sol absoluto del día. Era un hombre activo pero como el año anterior se había jubilado de químico industrial, desde entonces sólo se dedicaba metódicamente a sus

cuatro sesiones semanales de gimnasia matutina y, por las tardes, impartía sus clases en la Facultad de Química. Luego, en casa, se dedicaba a la lectura.

De estatura mediana, un metro setenta, delgado, no tenía demasiadas arrugas en el rostro; peinaba el corto cabello entrecano a un lado. Sus ojos eran claros y había una expresión divertida en su cara; esto, contrastaba con su natural seriedad ante cualquier asunto, desde los más complejos de su profesión hasta llegar incluso a las tramas policiales de las que era asiduo lector desde los días juveniles. La mayoría de las personas le daría menos edad de la que en realidad tenía.

Cuando llegó a la puerta del Café Gijón, miró el reloj de pulsera y vio que eran las cinco y treinta y cinco minutos. Entró. Deslumbrado por la penumbra, pestañeó dos o tres veces, y rápidamente se sintió cómodo en aquel ámbito acogedor y fresco como la boca de un aljibe.

Se acercó al mostrador, se sentó en un banco alto y aguardó. Luego pidió una cerveza. Poco después Juan María miró a su alrededor. Pasó revista lentamente. Pocas personas. Sintió un ligero desánimo ante esta comprobación. Y es que había llegado hasta allí guiado por un motivo muy especial.

Mientras bebía, hizo un repaso de sus últimos días en Madrid. Hacía quince, había llegado a esta ciudad que no visitaba desde hacía varios años. Instalado en un hotel pequeño y agradable, las dos semanas se le habían pasado volando. Y éste era su último día en Madrid. A las diez de la noche estaría en el aeropuerto de Barajas haciendo, sin apresuramiento alguno, y suficiente tiempo por delante, los trámites para volver a casa, a Montevideo.

Por cierto, había paseado por Madrid a gusto. Incluso una mañana se tomó el bus a Chinchón, donde pasó el día. Almorzó en la plaza

principal, recordando que allí se había filmado una escena de *La vuelta al mundo en ochenta días*, película en la que actuaban David Niven y Cantinflas. Juan María visitó el Museo del Prado, la casa de Sorolla, el Reina Sofía, caminó sin prisa y sin pausas, tomó copas en Plaza Mayor, recorrió numerosas librerías e incluso visitó algunas tiendas de ropa masculina en la calle Goya. A las dos de la tarde, habitualmente, almorzaba en Goizeko o bien en la Parrilla de María, y solía cenar en Casa Lucio o en el restaurante Laray. Para rematar el viaje, esa tarde, mientras bebía cerveza en el legendario Café Gijón, tan famoso por sus tertulias literarias, intentaba llevar a cabo su descabellado plan, el que le daba vueltas en la cabeza como un ratoncito desde hacía muchos años, desde que siendo un adolescente comenzó a apasionarse con las andanzas de Holmes y tantos otros que vinieron después. Incontables, realmente.

Al revés de lo que le había ocurrido en los quince días anteriores en Madrid, lo que en aquel preciso momento le impedía concretar su plan era la ausencia de clientes en el Café Gijón. Necesitaba más personas. No tantas como en otros lugares, donde el exceso le había impedido hacerlo. Es decir, no se había atrevido a más.

Paseó una nueva mirada alrededor. Cerca de la puerta del baño, había una pareja. Frente a ella se extendían las mesas vacías. Detrás de él, bastante lejos, un hombre leía el periódico; situado a su lado, un señor de mediana edad, de traje azul y llamativa corbata con adornos triangulares, tomaba un café americano, servido en un alto vaso repleto de cubos de hielo, mientras hablaba sin parar por el móvil.

Un camarero entrado en años extendía, desganadamente, los manteles blancos sobre las mesas desnudas.

Juan María fue hasta el baño, contando los pasos que lo separaban de éste. Diez pasos exactos. Pasó naturalmente junto a la pareja.

Ya dentro del lavabo dejó caer al piso una de las dos diminutas pastillas que llevaba consigo; al hacerlo, miró hacia otro lado para ignorar su recorrido. Una pastilla de color verde, pequeñita, que habrá quedado (pensó) no lejos del lavabo. No le importaba, no quería saber dónde. Luego se enjuagó las manos, se miró en el espejo, se quitó la corbata amarilla, que guardó en un bolsillo de la chaqueta, y regresó a su lugar en el mostrador. Bebió otro sorbo de cerveza.

Juan María miró a su izquierda al retornar, y vio que la pareja continuaba conversando. Mejor dicho, quien hablaba era la mujer. Quizá tenía la misma edad que el hombre. Ambos eran jóvenes. Ella tenía el cabello encaracolado, de color rojizo, y un rostro de rasgos finos y delicados. Usaba el cabello a la altura del mentón;

tenía unas finas manos de dedos largos. El hombre permanecía mudo; la escuchaba con la cabeza gacha. Ambos tomaban café. Entre los dos pocillos, Juan María vio un periódico doblado en cuatro y, encima de él, un libro. También una hoja de color rosado con unos apuntes y, sobre ella, un lapicero.

No lejos de ellos había una biblioteca con puertas de vidrio. Juan María se acercó a ésta. Vio numerosos libros relacionados con el Café Gijón. Uno de ellos trataba sobre *el Quijote* y otro sobre personalidades famosas que habían estado en el célebre café. Estuvo tentando por preguntar si podía comprar alguno de ellos al camarero que tendía los manteles, pero no se atrevió a hacerlo para no llamar la atención de nadie. La invisibilidad era esencial en su plan. Volvió a beber otro trago y terminó la copa.

En ese preciso momento entró un hombre con una chaqueta amarilla sobre los hombros.

Era rubio y tenía un largo mechón de cabellos sobre el lado derecho de la frente, que le caía a un costado de la cara tostada por el sol. Pidió una cerveza y, mientras se la servían, fue al baño. De inmediato Juan María pensó que bien podría ser el individuo indicado, el que precisamente estaba buscando, pero antes de decidirse a actuar, el hombre de la chaqueta amarilla volvió al mostrador y bebió un sorbo de su copa. Juan María optó por pedir una segunda cerveza.

A través de las ventanas y en medio del silencio (los camareros hablaban en voz baja, e incluso lo hicieron como en susurro con un señor muy joven, vestido de pantalón y camisa negra, que surgió de una puerta que estaba a la derecha y que dejaba ver una oficina) observó la tarde soleada y azul, las calles vacías, y pensó que aún podía esperar un rato más.

Veremos, se dijo Juan María, y dio una nueva mirada al reloj.

De una mesa que estaba situada junto a la ventana se levantó cuidadosamente un señor pequeñito, moviéndose con su bastón, camino del lavabo. Al pasar junto a uno de los camareros le dijo:

—Manolo, ¿pasa algo?

—No, don Manuel —le respondió.

—Bueno..., entonces que todo siga como está —y siguió su camino al baño. Poco después retornó, pasó junto al camarero y le dijo «hasta mañana, Manolo», y fue saludado con un «hasta mañana», salió a la calle y desapareció.

Juan María volvió a lo suyo y pensó que, al fin y al cabo, aquélla era su última oportunidad, motivo por el cual, al revés que en las situaciones anteriores, había decidido jugar algunas cartas, por si concretaba el plan. Por ejemplo, dejar caer una de las pastillitas verdes en el baño, cosa que ya había hecho. Y pagar cada consumición en el momento por si debía marcharse rápidamente.

Se dijo, mientras saboreaba otro trago de cerveza, que si no lograba concretar su plan regresaría a casa con una pequeña dosis de fracaso por no haber concretado aquella idea insólita, que por primera vez en su vida, había intentado llevar a la práctica.

Juan María, que no se sentía inquieto, pensó que era cuestión de esperar un rato más, ya que, de todos modos, aún contaba con posibilidades de concretar el plan.

¿Por qué?

Porque los asesinos nunca avisan.